



ARTES, LETRAS, CIENCIAS.

DIRECTORA-PROPIETARIA: PATROCINIO DE BIEDMA.

AÑO I.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Sr. Administrador del CÁDIZ, Tipografía LA MERCANTIL, calle del Sacramento, núm. 39.
Madrid, en las principales librerías.
Correspondencia literaria: Sra. D.^a Patrocinio de Biedma, Herrador, 8.

No se devuelven los originales que no se utilicen.

30 de Agosto de 1877

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cádiz, un mes, adelantado . . . 2 ptas.
En toda España y Portugal, trimestre, 7
pesetas; seis meses, 13 id., un año, id. . . 25 »
En Cuba y Puerto Rico, trimestre, id. . . 10 »
Extranjero y repúblicas americanas, id. . . 15 »

NÚM. 12.

Núms. sueltos 4 rs.—Se publica los días 10, 20 y 30.

SUMARIO.

GRABADOS: Un paisaje de la Rioja.—Bomberos de Nueva-York.—La barca del Dante bajando al infierno.—Cables submarinos.

TEXTO: Las comparsas, por PATROCINIO DE BIEDMA.—El agonizante, leyenda Madrileña, por M. FERNANDEZ Y GONZALEZ.—Siempre, por JUAN T. SALVANY.—Explicación de los grabados.—El Carmen, por el Dr. FEDERICO A. SANCHEZ DE GALVEZ.—La madre, cuento fantástico, por UBALDO ROMERO QUINONES.—La flor del cementerio, continuación, por PATROCINIO DE BIEDMA.—Correspondencia del CÁDIZ, por P. DE B.—Pensamientos, por FRANCISCO GONZALEZ DEL HOYO.—Rompe-cabezas zoológico.—Noticias.—Anuncios.

LAS COMPARSAS.

ESTUDIAD la vida de un pueblo, de una época y de un hombre, y podeis afirmar que conoceis la historia de la humanidad y del mundo. Salvo la diferencia de nombres, de fechas y de sitios, y la variedad que al hecho imprime esa modificación de gustos y costumbres, especie de rotación necesaria para entretener el cansancio de nuestros sentidos, á que unas veces, en el ter-

reno social, se llama progreso, y otras en el familiar, se llama moda, aparte de ese cambio que podemos llamar exterior, todo resulta igual.

El sabio latino tenia razon: *¡Bajo el Sol no hay nada nuevo!*

Las mismas luchas, idénticas oscilaciones, iguales dolores!...

Diriase que hay en la masa humana una chispa de levadura maldita que las corrientes de todos los siglos no bastan á modificar.

El hombre adelanta en la esfera de los conocimientos con pasmosa rapidez, y gira siempre en el mismo estrecho círculo cuando se trata de sus pasiones.

La ciencia descubre cada día un nuevo filon en esa rica mina del saber humano que las generaciones explotan para saciar su sed intelectual; nuestro pensamiento busca en vano el nuevo horizonte que ha de mostrarle la luz desconocida, ¡y gira siempre igual, así en su grandeza como en sus miserias!...

Apurado se veria el filósofo á quien se preguntara en qué celdilla de las que dividen el cerebro, segun quieren estos señores, que hacen de la cabeza del hombre una especie de casa de vecindad, donde, mal avenidas, como reclusas revoltosas, se agitan nuestras pa-

siones y sentimientos se encuentra la envidia; y con qué sustancia, gris ó negra, se nutre la calumnia; y bajo qué fórmula, si con la del *yo* ó la del *no yo*, se presenta la mentira; y si la injusticia sabe *que es* puesto que *siente*, y si está á la derecha ó á la izquierda la *facultad creadora* de todas esas miserias que deshonoran á la sociedad, y deshonorarian al hombre si no tuviese en el espíritu divino que le anima el medio de regenerarse.

Este apuro seria aún mayor si hubiese de dar una razon explicativa de las causas que tales efectos producen, porque la ciencia que se eleva en los espacios ideales de la perfeccion sublime, no podria jamás descender en su vuelo tan *terre-à-terre* como se necesitaria para analizar esas lamentables obcecaciones, mengua de todas las épocas, pero patrimonio hereditario de todas las sociedades.

Abrid la historia por cualquiera de sus páginas; ya os hemos dicho las únicas variedades que hallareis; aparte de ellas, todo es igual.

Ved la sociedad en pugna con lo desconocido, luchando por alcanzarlo; vedla escarnecer al que impulsado por el genio que emana de Dios ha logrado llegar más lejos; el drama triste y lúgubre de la crueldad humana



Un paisaje de la Rioja.

se renueva sin cesar sobre la escena del mundo, y acto por acto, esto es, siglo por siglo, demuestra con la triste realidad de los hechos que no hay redención posible para la raza de Adán, que es la raza de Cain.

Llega el ser privilegiado, el elegido por Dios para llevar en sus manos la bandera de una idea, y en su frente la corona de un triunfo, á ese lugar de estima que le concede la admiración de sus semejantes, y si las aluras grandes, las que se creen capaces de seguirle, como lo son de comprenderle, lo aplauden, los que no consiguen lo segundo ni pueden aspirar á lo primero, esos seres que como figuras decorativas del fondo del gran cuadro social, se agitan y pasan sin dejar señal ni huella, los pequeños, *las comparsas*, cuyo ruido se pierde con la hora que se acaba, y se pierde para siempre, porque para esas masas sociales no hay mañana, como no hay ayer; pues no forman jamás una entidad visible, sino que son en el guarismo general un cero de más ó de menos; esos, ocupan su interesante vida, su precioso tiempo, no ya en crear obstáculos al que adelanta con el deslumbramiento sublime de su misión divina; no en presentar peligros ante su paso, sino en aturdirle con los gritos descompuestos de su envidia, en mancharle con el lodo de sus miserias, que le arrojan sin piedad, en detenerle con la risible explosión de sus anatemas....

Os citariamos nombres de ilustres seres en quienes *las comparsas* han cebado su saña.... pero, ya os lo hemos dicho.... Llámenle Milton, Cervantes, Mirabeau, Larra, Dante, Tasso, San Ignacio, Lincoln, Colón ó Hernán-Cortés, que es lo mismo, todos ellos han sufrido esa extraña mezcla de halagos y denuestos, de alabanzas y ofensas; especie de luz y sombra sobre la cual se alza potente, para humillación de los que le ofendieron, aquel nombre que nutriéndose entre odios y envidias, alcanzó vida inmortal, porque las horas ruedan en la nada de los siglos que pasan; la forma mortal se deshace bajo la mano de la muerte, y entónces, depurándose de las miserias que esas nulidades de todas las épocas han querido arrojar sobre él, surge el espíritu glorioso, y sella los labios de los calumniadores, aplastando bajo el peso de su gloria las creaciones de la infamia, especie de bombas de jabón que suele deshacer el mismo soplo que les dá forma.

Hay caracteres para los cuales las calumnias de la envidia, los gritos del odio, son una especie de espuela moral que les impulsa hácia adelante; corazones templados para la lucha que hallan un estímulo vivísimo en las inmotivadas ofensas que reciben; almas de tal manera grandes, que cerniéndose sobre las miserias vulgares como el águila caudal sobre las nubes, no se detienen á juzgar siquiera los efectos de esas miserias, sino que siguen su camino sin cuidarse para nada de aquello que no les alcanza.

Hay otros más débiles, más apegados á la tierra, más esclavos de la forma, que heridos, lastimados, sofocados al peso de esa hostilidad constante, se detienen y renuncian á conseguir su objeto.

Estos son bien dignos de compasión, porque, en pago de su cobardía, reciben el desprecio y el olvido.

Los otros... ah!... Los otros reciben dardos y aplausos, pero quedan suficientemente vengados, haciendo de todos esos odios que rugen á su alrededor el pedestal en que se elevan.

—Si me fuera dado arrancar los dientes de todos los que han mordido en mi honra y en mi fama, sin conocerme, nos decía un inglés de mucho talento, me fabricaría con ellos un sepulcro mucho más grande que la más alta de las pirámides que levantaron los Faraones en las llanuras del Egipto!...

—¿Y descansaría Vd. tranquilo sobre esos dientes, que acaso guardan señales de la mordedura? le preguntamos.

—Por qué nó!... contestó impasible, á ellos les debo mi celebridad!... Esta nos viene siempre de los enemigos!...

Tenía razón el sabio inglés; los amigos, esto es, hablando genéricamente, los que estiman el valor del genio; los que le admiran sinceramente; los que se creen por sí bastante grandes para que no les moleste ni lastime la grandeza ajena; los que figuran, en fin, en primer término en el drama que va desarrollando la humanidad, esos, dan la señal de los aplausos, y arrastran detrás de sí la opinión para llevarla en pos del ser que tiene el privilegio de atraer su atención. Después de este movimiento espontáneo é inevitable, *las comparsas*, esto es, el vulgo de toda sociedad—y entiéndase que no queremos decir *pueblo* al decir *vulgo*, pues el pueblo suele tener mejor sentido porque guarda con más pureza sus sentimientos,—el vulgo ilustrado, se rehace, se avergüenza de su impulso, no puede, puesto que no hay poder que á ello alcance, deshacer lo hecho, y como protesta, como venganza, más bien, á una superioridad que le humilla, arroja contra aquel ser, casi siempre inofensivo, puesto que vive más bien en la idealidad de sus sueños que en la realidad de la vida, arroja, decíamos, toda la saña y todo el veneno que la vibora humana es capaz de arrojar en sus pasiones, y tranquilo y satisfecho, no ve que, consolida lo que intentaba romper, pues hay algo que flota sobre todas esas pequeñeces, y este algo es la verdad que afianza la obra empezada por el entusiasmo.

¿Y cosa extraña!... ¿Por qué no encuentra obstácu-

los la malicia, la calumnia y la infamia, y sigue triunfante su camino, manchando cuanto encuentra al paso?...

¿Es que los seres honrados tienen miedo, y se obstienen de la defensa del ofendido, por temor á que les alcance la ofensa?...

¿Es que, como decía Say, «la perversidad hace el mal, la debilidad lo consiente y la ignorancia lo aplaude?...»

Puede ser, pero para esta debilidad no hay disculpa. Formando coro con los miserables, son tan miserables como ellos, acaso más, porque para llegar á unirseles han tenido que luchar contra el impulso que de ellos les alejaba; confundiendo con ese público que lo mismo grita *¡Hosanna!* que *¡Crucifícadle!* pierden el derecho de figurar por sí mismos, y por último, al anular el valor de sus opiniones para acrecentar la de las mayorías, pierden el de representación propia y se mezclan á *las comparsas!*...

¡Pobres comparsas!... Después de todo suele ser divertido oírlos gritar, como el perro que ladraba á la luna!...

PATROCINIO DE BIEDMA.

EL AGONIZANTE.

LEYENDA MADRILEÑA.

I.

En una celda negra y sombría, tendido el cuerpo y en cruz los brazos, un monje humilde, tristes gemidos doliente exhala, de horror temblando.

Es la alta noche; la tempestad lanza, siniestra, su horrenda voz; truenan las alas del huracán, y sobre el techo zumba el turbión.

II.

Parece que en el espacio, rotas por Dios sus cadenas, de espíritus infernales malditas legiones vuelan.

Se oyen baladros, aullidos, horrendo son de trompetas, risotadas de demonios, chillidos de impuras viejas.

Hay algo que, de lo eterno, eco parece que aterra, y al estridor formidable el monasterio retiembla.

En tanto y en cruz los brazos y el cuerpo tendido en tierra, por sus gravísimas culpas, el padre Cárdenas reza.

III.

En la pared grieteada, sucia, escueta, miserable, bajo un Cristo formidable se vé pendiente una espada.

Junto á su marca de ley, para que más la autorice, «*Real cuerpo de Guardias*, dice, *de la persona del Rey.*»

Una lámpara agorera con su luz el hierro bate, y arranca un reflejo mate á una horrible calavera.

La triste celda, el dolor del monje, la noble espada, la calavera, la *airada* faz del Cristo, erudó horror dan y espanto, y del misterio de la lúgubre memoria de alguna pasada historia hacen sentir el imperio.

IV.

Treinta años ántes, el monje que á tan dura penitencia se sometía, era un mozo de noble alcurnia, belleza varonil, aire marcial y alma atrevida é inquieta.

Guardia de Corps, en la Corte, era su fama tremenda: Don Juan Tenorio envidiara su fortuna con las bellas, su buena suerte en las riñas, y en las armas su destreza.

El juego, las aventuras, las diabólicas empresas, el desprecio á cuanto hay justo,

grande ó sublime en la tierra, la voluntad indomable, la incontrastable soberbia, la impiedad, el desenfreno, y la dormida conciencia, un monstruo espantable hacían, una peligrosa fiera, del noble Don Juan de Cárdenas de su clara estirpe mengua.

V.

Y atendido y adorado, de las damas, y halagado por do quiera, sin haber quien le atajase ni de oponérsele hallase la manera; el altivo caballero de su audacia por el fuero y su bravura, á tributo sujetaba cuanto á sus ojos mostraba la hermosura.

VI.

Celebrábanle todas á porfía: —¡Qué buen mozo! ¡Qué bravo!—se decía:— ¡gasta su hacienda pródigo y magnánimo! Para amar y reñir, ¿dónde un tal ánimo? ¿Cuándo se casará? Fuerza es lograrle.— Y se daban al diablo por pescarle.

VII.

Por él de amor perdidas, abandonadas, cien y cien al despecho dieron las almas, y en las parroquias, por Don Juan las campanas doblaron glorias.

No eran su comidilla las nobles damas; le prendaban las hembras de rompe y rasga, y se moría cuando amor le brindaban las gitanillas.

Se le iba la cabeza, perdida y loca, en viendo la basquiña de una manola, y una chispera, le montaba á las nubes, alma y conciencia.

Curra, la altiva hermosa de Maratillas, le conoció en los toros, no sé qué día, y sin rebozo le miró, le echó el gancho, le volvió loco.

Fué la Curra morena, mas tan morena, que envidiarla pudieron las de Guinea; cabellos rizos, relámpagos los ojos negros y lípidos.

Avispóse el chispero que la quería; pero al primer envite fué echando chispas; y el guardia osado de Corps, de aquel buen cuerpo quedó por amo.

Dares hubo y tomares como montañas; gastó Don Juan dineros y cuchilladas, y por conquista, le dieron en el barrio ciudadanía.

VIII.

Con la posesión completa, y ya imposible el escándalo, hallándole, no buscándolo, llegó al fastidio Don Juan. Curra en sus ojos vivía, en sus brazos deliraba; ya aquel amor no brindaba el peligro, ni el afán.

Empezaron las tardanzas
y las ausencias llegaron:
en Curra se sublevaron
celos, altivez, dolor:
lloró la que nunca el llanto
vertió de los claros ojos,
y en tempestades de enojos
se puso en guerra el amor.

Una noche, junto á Curra
callaba Don Juan, sombrío;
ni una mirada su hastío
tornaba á la hermosa faz;
fuera, tremenda, sonora,
rugía tormenta insana,
y asomaba á la ventana
el relámpago fugaz.

Sonó en el reló cercano
la media noche.

—¡Otro día!
dijo don Juan; hija mía,
la cosa hasta aquí llegó.
—¿Qué dices? con voz de espanto,
Curra exclamó; ¿qué has hablado?
¿qué me dejas? ¿y has pensado
que puedo sufrirlo yo?
—En eso no me entrometo,
dijo, con acento frío
Don Juan; que del gusto mío,
no has de ser la dueña tú.
—¡Piénsalo bien!

—Por pensado.
—¡Tú eres un vill!
—Cierra el pico.
—No pienses, porque eres rico,
que me vas á hacer el bú.
¡Me has deshonrado!
—Has querido.
—¡Y quiero, quiero y requiero!
—Toma y calla.

—¡A mí dinero!
¡Vamos á salir muy mal!
Guarda la bolsa: tu alma
es lo que quiero, que es mía;
¡soy madre!

—La letanía
de siempre, en todas igual.
—¡No te vayas! gritó Curra,
á Don Juan trémula asiendo:
mira que me estoy muriendo,
que el corazón tengo en tí.
—¡Aparta!

—¡No, no, bien mío,
que sin tí vivir no puedo!
¡no me dejes! ¡tengo miedo!
¿sin tí, qué va á ser de mí?

IX.

Y á sus piés se arrojó: convulsa, inmensa,
transfigurada en su dolor, sublime;
el grito horrendo del dolor que gime,
de sus entrañas miserables brotó;
de la tormenta entre el fragor horrendo,
sonó agudo, estridente, inolvidable;
y el amante cansado, el miserable,
de sí á la triste sin piedad lanzó.

X.

Abierta con furia insana
á poco sonó la puerta;
crujió á la par la ventana,
con violencia sobrehumana,
por la desdichada abierta.

Sus ondulantes cabellos
el huracán agitó:
de sus tristes ojos bellos,
de sus lágrimas, destellos
el relámpago arrancó.

Y del trueno al retumbar,
del aguacero al caer,
del viento bravo al zumbar,
el grito se oyó tronar
de aquella infeliz mujer.

—¡Madito seas, traidor!
¡maldita yo que te ví,
y necia muero en tu amor,
y que maldiga el Señor
lo que en mí tengo de tí!

¡Que el Dios del Cielo permita
no tu muerte, que es muy poco:
que te espante la maldita

que de tu querer me quita,
y de horror te vuelva loco!

¡Que veas por donde quiera
al que ver no pudo el día!
¡que yo para tí no muera,
y en tu alma vil quede entera
la desdichada alma mía!

Calló la voz desolada,
creció en fiero rebramar
la tromba desenfundada,
y á Don Juan se oyó exclamar
entre horrenda carcaja:

—«¡Dios! ¡sí! ¡Dios! ¡necia mujer!
¿qué me importa tu dolor
si no encuentro ya en mí ser,
por tu hermosura el placer
ni por tu amor el amor?»

¡Siempre la misma aventura!
¡tras el ánsia el desencanto!
quien sabe vivir procura,
en las hembras la amargura,
en los hombres el espanto.

¿En dónde está Dios? Si hay Dios
que apunte en el libro verde:
por eso no me da tos:
cuando charlemos los dos
veremos quién es quien pierde.»

En el capote embozándose
añadió:—¡Y hace un buen frío!
Y ya de Curra olvidándose,
tranquilo siguió alejándose
por el callejón sombrío.

XI.

Por la calle del Barquillo
salió á la de Alcalá,
siguió por el Caballero
de Gracia, hasta la mitad:
en aquel punto el nublado
rasgóse, y dejó pasar
de la luna triste y pálida
la siniestra claridad.
—«Ya serena,» Don Juan dijo,
y la cabeza al alzar
para mirar á las nubes,
en un cuarto principal
y puesta en un mirador,
blanca, esbelta, en ademán
de espera, vió una mujer
que, iluminada la faz
por la luna, ver dejaba
su soberana beldad.

Incitóse el apetito
del miserable Don Juan,
y sin andarse en rodeos
dijo con aire procaz:
—¿Se puede subir, hermosa?
—Pues, por supuesto, galán,
ella dijo con acento
dulce, amante, angelical;
como que estaba esperándote
y me impacientaba ya.
—¿Me conoces?

—No te he visto,
mi anhelado amor, jamás.
—¿De mí te han hablado?

—Sí.

—¿Quién te habló?

—La eternidad.

—¡Donosa estás!

—No he mentido:

que las brujas siempre dan
las noticias de lo eterno
por medio del barajar.
—¿Te echaron cartas?

—Sí, á fé.

—¿Y yo te salí?

—Cabal.

Me dijeron que vendrias
envuelto en la tempestad.
—Échame la llave.

—No;

que la puerta franca está.
—Pues allá voy.

—Ya te espero.—

Y la puerta al empujar,
abrióla Don Juan, y entróse
ansioso por el portal.

(Se concluirá.)

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

Madrid: 1877.

SIEMPRE.....

Por más que olvides nuestra breve historia,
Por más que trueques mi ternura en hiel,
Por más que seas ambiciosa y fría,
Yo siempre te amaré.

Si ante el sagrado altar te unes á un hombre,
Que tanto como yo no ha de querer,
Retorciéndome al pié de vuestro tálamo,
Yo siempre te amaré.

Firme como las rocas de los Alpes,
De la tumba de amor mudo ciprés,
En el polvo, en las nubes, en la gloria,
Yo siempre te amaré.

Muertos, si tu ambición y mi locura
Nos llevan á los antros de Luzbel,
Con mis llamas, las llamas del infierno
Amando apagaré.

JUAN TOMÁS SALVANY.

Madrid: 1877.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

UN PAISAJE EN LA RIOJA.

El suelo de España es riquísimo en bellos accidentes, en ruinas pintorescas, en panoramas admirables. La vista que damos de la Rioja presenta un puente de construcción al parecer romana, medio hundido sobre uno de los caudalosos ríos que la atraviesan, y una casita de hechura moderna levantada en sus márgenes, que goza de una admirable perspectiva.

BOMBAS DE NUEVA-YORK.

Nada más curioso que el estudio de las costumbres de cada pueblo en todos los accidentes de la vida. En Nueva-York, los bomberos no son como en Europa, hombres á quienes se les paga un oficio, son por el contrario, como aquí los socios de un círculo notable, lo más distinguido de la sociedad. Las bombas llenas de pequeñas campanillas, avisan por sí mismas, apenas se ponen en movimiento, el peligro que van á conjurar, y las trompetas de los bomberos llaman á los perezosos americanos, que acuden con tanta animación á un incendio cual si se tratara de una fiesta. Sea cual sea el medio empleado, siempre será loable el acudir á remediar un conflicto con valor y energía.

LA BARCA DEL DANTE BAJANDO AL INFIERNO.

El genio es creador: todas las inspiraciones de los grandes poetas han sido despues fuente inagotable de los grandes artistas. La creación horriblemente sublime del autor de la *Divina Comedia* dió asunto á Eugenio Delacroix para un bello cuadro, que pinta al Dante descendiendo con Virgilio á la ciudad doliente. La expresión tranquila del Dante, la absorta de Virgilio, y los horribles esfuerzos de los condenados, tienen una expresión de aterradora verdad, que asombra. Cópia de esa obra maestra del arte es el grabado que ofrecemos á nuestros lectores.

CABLES TELEGRÁFICOS.

Damos una muestra de los distintos cables submarinos que encerrando el hilo eléctrico, llevan hoy el pensamiento del hombre de un polo al otro, en rápida corriente.

El cable que ocupa el centro de nuestro grabado y que representa un grueso colosal, fué creado por una casa inglesa para contrarrestar las fuertes corrientes submarinas de los golfos y estrechos.

EL CARMEN.

Sate ei le fructumanun sicarum,
et landent in portis opera esus.
(PARAB. SALOM. 31.)

I.

HAY una montaña allá en el Asia flanqueada por el Mediterráneo cuya cúspide penetra el Cielo. Allí en cada piedra hay un título erigido en honor de una señora que cuando se la esperaba, se exhibió como símbolo, en la nube que subió del mar.... pequeña como la huella de un hombre.... fecunda como la gracia de Dios....

Entonces oró muchos años, y ayunó otros tantos el profeta del Tesbis, y del Tabor, y del Apocalipsis. Fué conocido con el nombre de Elías....

Este nombre significa, celo.

Celo por la gloria del Dios de los ejércitos....

Celo por el culto de la Madre de Dios....

Celo por la salvación de todos.

Por lo mismo vestía pieles.... esgrimía espada.... fué virgen.... y habitó el Carmelo.... que quiere decir *pu-reza*.

II.

Han pasado muchos siglos sobre la soledad de Carith.

Ya enjugó la tierra no sólo la sangre de los falsos profetas de Baal, sino hasta la unidad que fecundizó la montaña bendecida del Carmelo.

El espacio enrarecido, ya no revela el camino que marcó el carro fulgurante que condujo al Profeta al paraíso.

Todo pasó.

Mas no todo se olvidó...

Elías sembró en su montaña celebérrima un germen de virtud, que desarrollado con el tiempo, dejó ver nuevos profetas sucesores en pos de sí.

Estos continuaron hasta el grande Agabus.

La nube... fué adorada en espectacion como se la bendecía en el arca de Noé... en la escala de Jacob... en el belloco de Gedeon... y en la ciudad admirable de David.

Todo revelaba al mismo sujeto... á Maria de Nazaret la Virgen Madre de Jesús-Dios.

Vino Esta y visitó su montaña... subió al Carmelo.

Subió á tomar posesion de su heredad, mejor en dulzura que la miel... mejor en maravilla, que el panal.

Super mal et fadum.

III.

Un día el Sol se oscureció...

Lucieron las estrellas en pleno día, como blandones trepidantes cabe un féretro...

Tembló la tierra horrorizada de sostener á su pesar un puñado de Deícidas...

Los muertos conmovidos dejaron sus sarcófagos para increparlos, de un modo tan inusitado como horrible.

Y el Hombre-Dios sobre la Cruz, que pendiente la sostenia sobre la tierra, á quien purificaba su sangre interin el sacrificio copioso de su vida aplacaba los cielos... exhaló su último suspiro.

Allí habia una nube tambien, como sobre el Carmelo en los antiguos dias...

Ahora el monte se llamaba *Calvario*.

Ahora la nube, era Maria, la madre de la humanidad... como madre de Jesús-Redentor.

Las figuras concluyeron ante la sublime realidad.

Las figuras pasaron ante la verdad.

Con ellas perdieron hasta su nombre los antiguos símbolos, ó los abreviaron para mejor condensar las épocas del viejo y del nuevo mundo.

Ya fué conocido el *Cármén*.

IV.

Un Juéves sacrosanto hendió las nubes el vencedor de la muerte y el infierno, penetró en los Cielos por su propia virtud, y su madre quedó entre los *carmelitas*.

Diez dias despues vino de lo alto el Santo Espiritu y Agabus con los demás discípulos de Elías, predicaron á los Partos y los Mados, á los que habitaban en Cyrene y en el Ponto... en fin, á toda lengua y toda tribu, las glorias inmortales del Carmelo.

Maria los bendijo, y fué vista con su belleza propia la creacion esplendente que surgia de sus manos.

El tiempo se encargó de lo demás con su reloj de arena, su movedido globo, y sus eternas alas.

Cuando en alas de su amor durmió la *Carmelita* bella, reina del *Carmelo*, diz que los ángeles gozoses al subirla sobre nubes, descansaron un momento en el *Calvario* para coger rubis para la reina de los mártires, y luego en el *Carmelo*, para cosechar los frutos que ella, preparara en años mil.

Todo se le dió por el Eterno al recibirla en su alcázar, interin la corte de los santos exclamaba, *reina del Carmelo ruega por nosotros...*

Por que ellos se nos identifican en sus plegarias que aquí resuenan bendecidas como las ondas del mar, en sus lejanas playas...

V.

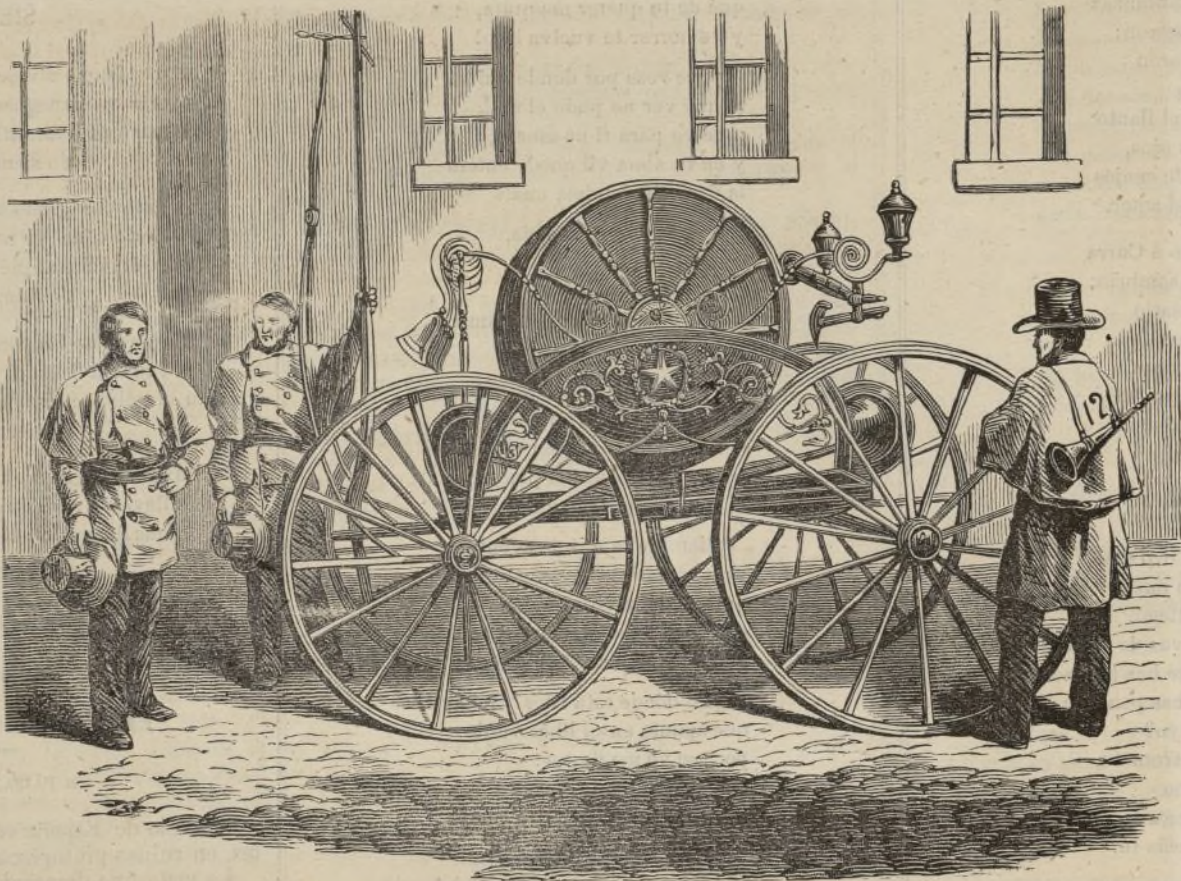
Signo de tempestad son esos ecos, pero despues hacen serenas, apacibles horas.

Los hijos de Agar subieron al Carmelo.

Maria envió un monarca cristianísimo, que salvase á sus hijos.

San Luis los trajo al Occidente.

En París una estatua de Maria los llama sus hermanos.



Bomberos de Nueva-York.

Teresa de Jesús y Juan de la Cruz los exhiben á los pueblos, como Elías y Maria los educaron, y Europa tuvo para ellos Templos y palacios, honores y atenciones, en cambio de las virtudes que sembraron... en trueque de las ciencias que exparcieron...

Eran el fruto de las manos de Maria, que el Cielo le daba á la Señora, interin ella recataba las alabanzas que en obsequio á el venerable Simon Encina hacia surgir en todas partes.

El escapulario santo del Carmelo ha hecho más prodigios, que lengua pueda enumerar.

Y es bueno decir que cada corazon, y cada labio, y cada inteligencia, y cada genio se ha impuesto la obligacion de ser *puerta de Maria* en su bellissimo simbolo, del *Cármén*.

VI.

Pasaron años...

El genio del mal agitó sus vientos...

Los alcázares de Maria y sus hermanos fueron ilustres despojos de las iras de la sierpe antigua...

El Carmelo tuvo mártires, como habia tenido sabios, vírgenes, santos y grandes de España.

El día de la prueba fué terrible...

Mas el día 25 de Julio de 1835, miles de ángeles depusieron coronas purpuras ante los piés de Maria en la altura porque sus *hermanos* cayendo como mártires en el suelo, subian á las nubes como santos...

Entonces se abrió en el alto Cielo el suficiente espacio para que algunos viesan su interior, en tanto que una voz que nunca cesa porque es la de las alabanzas de Maria, dijo á los mortales para su consuelo, que bien necesitaban.

«Se la dió el fruto de sus manos, á la Señora.»

«Os queda su escapulario, para alabar en vuestros puertos sus eternas obras.»

¿Cuáles son estos?

Nuestro corazon, que es su *Cármén*.

V. S. C. S. R. E. C.

DR. FEDERICO A. SANCHEZ DE GALVEZ.

Alhama; 1877.

LA MADRE.

SUEÑO FANTÁSTICO.

ERA una de las noches más frias del mes de Diciembre, del año de Cristo de 18...; la nieve se cernia á grandes copos sobre las casas de X... lugar-cillo de las montañas de Leon.

Dentro de una de estas casas, modesta en la apariencia, y de un solo piso, una madre, en cuyo semblante se reflejaba el más agudo dolor, permanecia en la cacerera de la cuna de su hijo, que pálido, los ojos hundidos, cerrados los párpados, la piel ardiente, fatigosa é irregular la respiracion, lanzaba por intervalos roncacos quejidos.

Reinaba en la estancia sepulcral silencio, interrumpido á breves intervalos por el chisporroteo del fuego del hogar el seco crujir del viento contra los viejos muros, por cuyas grietas se iba colando, y los hondos suspiros que de cuando en cuando la mujer lanzaba; fijos sus llorosos ojos sobre aquel tierno pedazo de sus entrañas, lo veia morir temblando de espanto, con

la tristeza propia de la desesperacion y la impotencia suya.

Tres dias con sus tres largas noches habian trascurrido, sin que ella, solícita, vigilante y cariñosa, velando sobre el tierno vástago al pié de la cuna, sin separarse, ni aun para atender á su alimento, la deleznable naturaleza venció la suya y una mañana, cerráronse sus ojos, negóse la cabeza á permanecer erguida sobre los hombros é inclinándose sobre su pecho bajo el peso de su cerebro, que era un volcan de fuego permaneció así dormida como tres horas.

Minutos despues de trascurridas, la debilidad apoderada de ella y el sopor en su calenturiento pánico, socorridos por la imaginacion, que es poco dormilona, hicieronla ver que se hallaba frente una figura femenina, envuelta en negro manto; que estaba ante su vista, inmóvil y silenciosa como el mármol; los ojos abiertos y fijos sobre los suyos,

arrojando una luz fosforescentes, contraídos los labios y secos, arrugadas las mejillas, con el color terroso todo el semblante, y sin un cabello en la cabeza.

El primer pensamiento que asaltó su conturbada imaginacion, fué para creer que aquel esqueleto, de formas femeninas, estaba allí para robarla su hijo, y sin duda habia entrado por alguna puerta falsa: dió un grito de espanto, se incorporó temblando, y abriendo desmesuradamente los ojos, extendió los brazos á fin de asegurarse que su hijo estaba en la cuna; pero ¡ya era tarde!

El sepulturero del lugar, como los siervos sienten de lejos el olor de la muerte, habia entrado allí con el menor ruido posible para recoger aquellos yerros despojos, aprovechando el sueño de la madre.

Cuando se hubo asegurado ésta, que su hijo no estaba en la cuna, despues de mirar por todos los rincones de la casa, como á leona que roban su cachorro, loca de rabia, desgredado el abundante, negro y sedoso cabello, al aire el móvido seno, desnudo los piés, salióse á la calle dando gritos y corriendo sin direccion fija por todos los ámbitos del lugar, y sobre la cuajada nieve; ora subia las más escarpadas rocas, ya bajaba por el valle presa de sonambulismo, atronando el espacio en su delirio insano, como si las sombras, los árboles y las piedras debieran responderle.

—Y mi hijo?... ¿Dónde está mi hijo?... ¡Juanito de mi alma! dónde estás que no me responde?

—Imprudencia, murmuró el eco. ¿Te has... dormido, dejaste... entrar... á la muerte... que en sus brazos, rápida como el viento... se llevó á... tu hijo! Fueron las voces que allá en el fondo del horizonte repetian los últimos sonidos de sus propios lamentos repercutiendo en los oídos de la dolorida madre.

—Yo lo sabré buscar por todas partes hasta encontrarlo, ó mis lágrimas inundarán la tierra! murmuraba en su inconsolable pena.

—¿Dónde vés? gritó á sus espaldas una voz áspera y seca.

La mujer se volvió hacia donde la habia oido, y un hombre de aspecto venerable, larga barba, rostro enjuto, hundidos los ojos, chupadas las narices, robado el color del rostro, encapotada su frente, la alegría entredicha, lánguido el cuello, remendado por los piés el vestido, colgadas del cinturon unas disciplinas, que lastimaban más la vista que las espaldas de quien las llevaba, zapatos doblados á remiendos de mayor comodidad que gala, se ofreció á enseñarla el camino, si le daba cuanto poseia en alhajas y dinero.

—Es verdad que podré hallar á mi hijo, sin más que daros eso? replicó la mujer mirándole de hito en hito.

Un signo afirmativo del hombre puso á la madre en movimiento; y cómo locomotora que tiene trazado su camino, devoró el espacio recta á su casa; registró todos los cajones y cogiendo en el delantal cuanto en ella tenia de algun valor, escuchando los latidos de su corazon, que parecia saltar del pecho, tan violentos eran, en ménos de cien brinco, se incorporó á el hombre entregándole lo que llevaba...

—Si no es más que eso, ahí lo tienes. ¿Dime ahora dónde encontraré á mi hijo? ¿Le conoces? ¿Es tan hermoso! Un año y tres dias... comenzaba á sonreír. ¡Ah ya sabe decir mamá! Vereis qué hermoso es, decia la mujer, mientras el hombre sin hacer apenas caso de ella, cual águila sobre moribundo cisne, se recreaba en contemplar el oro que iba ocultando entre sus bolsillos

Después de terminar de esconderlo miróla con atención y dijo:

—En el fondo del último valle de esta cordillera, y después de atravesar un río y un lago, hay una cerca con un ciprés en medio; tienes que andar bastante, al pie de aquel árbol encontrarás a tu hijo.

La madre, sin vacilar marchó por el camino que le indicaba, desnuda de pies y piernas, sobre la helada nieve que se derretía al contacto de ellos, dejando bien marcada la huella de sus pasos. Doscientos habríadado, cuando divisó un bulto informe, cuya vaga silueta dibujándose en el azul oscuro del horizonte, a dos pasos del sitio donde bifurcaba el camino, parecía la de un buitre.

Indecisa sobre cual debía seguir, acercóse y vio que era un rapazuelo, acurrucado en el rincón de un peñasco, muerto de hambre, aterido de frío, temblando como un azogado, y sin ánimo para pronunciar palabra; cuando estuvo cinco pasos cerca de él echó a llorar balbuceando:

—Tengo hambre; me muero de frío.

—Has visto a mi hijo? interrumpió la madre.

—Dime cuál de los dos caminos debo seguir para encontrarlo y te alimentaré con mi pecho, calentándote al calor de mi regazo, dijo la mujer señalándole uno con la mano.

—Dame y te lo diré, contestó el rapaz serenándose.

La mujer le tomó entre sus brazos, sentándose ella donde él estaba, dióle de mamar, arropóle con su vestido contra su regazo, cruzando entre las suyas sus piernas, que ya tenían el frío del mármol, cubrió de besos su frente, y abrigó entre el seno sus brazos, hasta que ya de puro hartó, el muchacho no quiso más y desasose de ella diciéndola:

—Seguid el camino de la derecha todo recto; encontrareis un puente, pasadle; al fin del camino hay un lago; del otro lado hay un valle; en el valle una cerca; en medio de la cerca un ciprés; al pie de aquel ciprés encontrareis a vuestro hijo.

La mujer después de besar al rapaz siguió el camino que le había indicado.

A cien pasos de distancia del último punto donde estuvo detenida, cortaba el camino un caudaloso río sobre el que había un puente, al extremo del cual y en una garita estaba una vieja, desnuda de cabello y dientes, de aspecto repugnante.

—Dónde vás? la dijo interponiéndose y mirando con ojos de envidia el abundante cabello de la madre y su hermosa dentadura blanca.

¡Ah! una mujer; tendrá compasión de mí! pensó la madre al verla.

—Has visto a mi hijo? la preguntó.

—Dame una peseta si quieres pasar, replicó la vieja extendiendo el brazo derecho con la palma de la mano horizontal y hacia arriba.

—Es que no tengo dinero! dijo la madre con una expresión de dolor indefinible. Déjame pasar que hace doce horas no veo a mi hijo.

—Si me das tu cabello y dientes pasarás: si nó, imposible.

—Si basta eso, cortádmelo y arrancádmelos, dijo la madre volviendo la cabeza. ¡Qué no daría yo por abrazarle otra vez! añadió con expresión de intensa alegría.

La vieja, los extremos de cuya barba y nariz se tocaban frente a la boca en los límites de la cual se asomaban dos dientes, haciendo el efecto de dos centinelas en la entrada de una cueva, sacó unas tijeras y cortando el cabello de la madre casi de raíz, con la fuerza que le prestaba la avaricia y el auxilio de unas tenazas la infernal sonrisa en su rostro color de hoja seca, fué arrancando uno a uno, bajo la dolorosa impresión que podeis imaginar sentía en cada tiron la pobre madre, quien exclamaba:

—Verdad que veré a mi hijo! Si supiérais que hermoso es! gritaba ocultando el dolor después de arrojar los cuajarones de sangre que salía del hueco de sus dientes.

Cuando le arrancó el último la vieja, a quien el espectáculo de la sangre producía el mismo placer, que a las aves carnívoras la de sus víctimas, la dijo:

—Puedes pasar.

Y la madre, por imposible que pareciera a las que no saben serlo, echó a correr a lo largo del camino como si nada le hubiese sucedido, deteniéndose a breves in-



La barca del Dante bajando al infierno.

tervalos para inclinar la cabeza y escupir la sangre que manaba de sus desnudas encías, salpicando con ella todo el camino.

Por fin esta madre afligidísima llegó a la orilla del lago, donde, heladas de frío las extremidades de su cuerpo, abrasada la cabeza por la fiebre, seca la garganta de escupir, rodillas en tierra, después de humecer los labios en el cristalino líquido, levantando la cabeza y los brazos al Cielo, esperaba que Dios hiciese un milagro, a favor del cual pudiera pasar el lago.

Como la fé pura, intensa, viva, sabe casi siempre hacerlos en el orden de lo posible, una ninfa, no insensible al dolor materno, cuyas lágrimas se convertían en diamantes al contacto del diáfano líquido, apareció entre unas algas muy cerca del sitio donde ella estaba; y sacando entre la superficie su cabeza sacudió las perlas de su dorado cabello y dijo, con la sonrisa en los labios:

—¡Llora! ¡llora! madre sin ventura, que tus lágrimas te llevarán a flote sobre mis hombros, a la opuesta orilla, donde encontrarás a tu querido hijo.

Tantas y tantas lágrimas derramó la inconsolable madre que al fin el genio, benéfico morador del lago, la llevó a la orilla deseada, donde lejos, muy lejos, sobre una llanura inmensa, en cuyo fondo se desvanecía el horizonte sensible, apercibió con esa intención de madre, concedida por la perspicacia de la mujer, el vago perfil de las tapias que le parecieron ser las de su ansiada cerca.

Mucho anduvo aún, pero llegó a ella con la ansiedad que podeis imaginaros; hizo esfuerzos sobrehumanos para subir por el muro; se arañó la cara, el seno, las manos, arrancándose la piel de los brazos y el pecho, con los vidrios que, de punta, salpicaban el declive, que coronaba la tapia para impedir la subida.

El amor de madre que parecía inagotable en ella, reanimaba sus perdidas fuerzas. La noche avanzó envolviendo con su negro manto y fúnebre silencio aquellos tristes contornos, y ella casi llegó a tener miedo; pero nada alienta tanto como el amor, y mientras un rayo de esta luz, que de los ojos de Dios irradiaba, la iluminase para luchar con la muerte, no quería darse por vencida.

Hizo un esfuerzo supremo; dió un salto, se avalanzó sobre la pared, pudo alcanzar al declive de la cresta; le pareció escuchar ruido y sentir pasos como de persona humana; contuvo la respiración para escuchar mejor; aguardó suspendida y sin soltarse, con la desesperación de la fiera cojida en el cepo; y cuando se disponía a trasponer la tapia bañada en su propia sangre, que la parecía copioso sudor, sintió que una fresca mano la oprimía la frente y lanzando un grito agudo, se dejó caer como masa inerte....

La naturaleza había hecho el último supremo esfuerzo; pero como el Sol poniente sobre nuestro planeta, deja ese cálido manto de oro crepuscular, mucho después de haberse ocultado a nuestra vista, así el espíritu, chispa divina, que era, es y será eternamente, reflejo de la suprema esencia, iluminaba todavía las internas regiones de aquella madre, dibujando en los extremos de sus cárdenos labios, una imperceptible sonrisa, que así daba de ello testimonio cual del rayo al relampaguear lo dá el astro del día, en noche oscurísima, y antes que exhalara el aliento último, los movimientos de su boca, pies y manos, acusaron lo siguiente:

—¿Dónde está mi hijo? ¿dónde está mi hijo, parecía balbucear por un ténue movimiento de labios como si el sello de la muerte los hubiera cerrado.

—¡Allí!... ¡Allí! señalaba con los crispados dedos de la mano izquierda en dirección de la tapia.

—¡Aquí!... ¡Aquí! murmuraba con gutural sonido, extendiendo los brazos hacia el espacio, en su actitud supina. Tantas veces había latido el corazón de su hijo junto al suyo, que como si la palpación de las moléculas en el éter, la hubiesen producido el efecto del tibio hálito de su hijo, abrió los ojos para verlos, ¡la carne y sangre de su sangre y carne! le hubiera conocido entre dos millones! ¡Y eso que todos los botones de rosa se parecen tanto.

Creía verle y abrazarle hasta respirar ambos la misma atmósfera, pero la inexorable muerte sopló a tiempo y con tanta fuerza, que aquella luz, como lámpara sin el volátil elemento, lanza las últimas ráfagas de sus temblorosos

destellos, así la madre sacudió sus miembros, humedecidos por el último sudor.

—Espera, dijo a la muerte, quiero verle y después soy tuya.

—Eres madre y lo verás; pero, ¡hay si tocas! contestó presentándole el vasto campo del tiempo, donde no alcanzan las miradas profanas.

La madre, abriendo desmesuradamente los ojos de su entendimiento, vió entonces que su hijo crecía hasta ser hombre y como el torrente, con la fogosidad de las pasiones, se lanzaba a todos los azares de la vida, con sus lágrimas, violencias y pasiones, concluyendo al fin por subir las gradas del tétrico escenario, que se llama patíbulo.

Cuando esto vió, un segundo estremecimiento, que fué el último, la hizo decir abriendo los párpados:

—¡Bendito seas, Dios nuestro! Abrazame antes a mí, que no lo vea yo morir, dijo a la muerte.

Y Dios que había colocado a su hijo en el seno de los ángeles, colocó a la madre en el de los mártires.

Cuando los vecinos de X... encontraron el cadáver de una mujer junto al pie de la tapia del cementerio, cortado el cabello, sin dientes en la sangrienta boca, arañadas las manos, cara, pecho y pies, herido el cuerpo, hechas girones la camisa, les costó mucho trabajo reconocer a la madre del niño, que catorce horas antes había sido enterrado por el sepulturero; y a todas las causas menos a la verdadera, atribuyeron la doble desgracia. Muy lejos de pensar en el pelicano solitario, que en días de poca caza se desgarraba el pecho para alimentar con su sangre a sus hijuelos, atribuyéronla unos al abandono de su amante; a los ladrones que la robaron, otros: quien a la envidia, suponiendo alguno si sería un peluquero-dentista que a consecuencias de estas sospechas fué preso, porque la indiferencia del mundo en todos partes se parece.

Sucede más de ordinario que lo creído atribuir a las más nobles acciones, los más bajos fines, por aquellos mismos, entre los cuales son más comunes aquellas que éstos; y por fortuna del sacamuelas, charlatan sempiterno é inocente preso, una mujer del lugar, que había visto a la desgraciada madre correr al cementerio como una loca, descifró ese enigma porque también... era madre.

UBALDO ROMERO QUIÑONES.

Madrid: 1877.

LA FLOR DEL CEMENTERIO.

(CONTINUACION.)

Eugenia se levantó y se aproximó a ella.

En aquel momento, Juana, la vieja criada que hace tanto tiempo tenemos relegada al olvido, anunció una visita.

—No, no, no quiero verle! gritó Luisa.

—A quién? preguntó Eugenia sorprendida.

Pero Luisa acababa de desmayarse.

Eugenia, sin pensar en otra cosa que en su hermana, dió orden a Juana de ir a buscar un médico, y apoyó contra

unos almohadones la rubia cabeza de la pobre niña, cuyo cutis dejaba trasparente las venas, y tenía el amarillo suave del marfil.

Con los ojos cerrados y los labios pálidos é inmóviles, Luisa parecía muerta pero Eugenia no lo conoció, sin duda por esa ceguedad providencial que sostiene en nosotros la esperanza hasta el último instante, y á veces ¡ay! hasta despues de haber terminado todo!

Eugenia sentia una vivísima pena, una amargura penosa ante su hermana enferma; pero confiaba en su mejoría, ó mejor dicho, no le ocurrió ni por un instante que pudiera morir, pues para conocer la muerte se necesita haberla visto de cerca, y Eugenia era muy niña cuando murieron sus padres para fijarse en sus inequívocas señales.

Entre tanto que Eugenia procuraba volver á Luisa de su letargo, Enrique Velasco, el que conocimos á bordo de la fragata X..., en la bahía de Barcelona, entraba en la sala, y no teniendo nada mejor que hacer, examinaba los cuadros, miraba esas pequeñas cosas que adornan las etageras y consolas de una casa, y se decía:

—Conozcamos el ave por el nido....

Pero su exámen terminó pronto: la casa de Eugenia como de dueña pobre y artista, tenía poco supérfluo, y el buen gusto suplía con su agradable sencillez el vacío de objetos ricos.

El tiempo pasaba y Enrique seguía solo. El jóven marino pensaba ya en retirarse, creyendo una broma pesada tan larga espera, cuando la puerta de la escalera que Juana habia dejado entornada al salir á buscar el médico, se abrió bruscamente y apareció Lutgardo.

Al ver á Enrique de pié con el sombrero en la mano, se detuvo con extrañeza: despues le preguntó:

—No está la señorita de Ochoa?

—No lo sé, caballero: he venido á verla en nombre de un amigo mío; pregunté si podía recibirme, y una criada me hizo pasar aquí; despues vi á la misma criada salir presurosa hácia la calle; nadie se presenta, y me retiraba cansado de aguardar.

—Espere Vd! Yo avisaré á Eugenia.

—Vd?... Es acaso de la familia, preguntó Enrique dejando el sombrero sobre un mueble.

—No por cierto, dijo Lutgardo tranquilamente, pero como si lo fuera....

Enrique le miró con fijeza.

No se explicaba cómo aquel jóven, tan extraordinariamente simpático, tan elegante y fino, podía entrar y salir con tal confianza en aquella casa, cuando no era de la familia, segun habia dicho.

—No se moleste Vd., se apresuró á decir Enrique, la señorita Eugenia estará en el tocador, y la molestariamos.

—Eugenia en el tocador!... No tal!... Estará trabajando: no se mira al espejo más que lo preciso para no ponerse el peinado en la oreja....

—Ah!... sí!... Me habia olvidado que es pintora....

—Ya lo creo!... Y qué pintora!... Murillo la hubiera envidiado!...

—Lo que hace una bonita mano parece más bonito.

—No, señor! nada de eso!... Precisamente yo no soy partidario de las obras de la mujer; en mi vida he mirado ninguna, pero las de Eugenia son de hombre... si señor, de hombre! Ni más; ni menos!... Voy á llamarla!...

—Si á Vd. le parece la esperaremos, dijo Enrique con solapada sonrisa: yo no tengo prisa, y sentiria molestarla....

—Yo tampoco tengo, pero me extraña que no haya salido ya.... Como no esté peor Luisa....

—Quién es Luisa?...

—Una chiquilla enfermiza y fastidiosa que es un verdadero castigo para la pobre Eugenia.

—Pero quién es?

—Su hermana.

—Ah!...

—Pues sí; una niña romántica, insoportable.... Pero Vd. no la conoce?...

—No señor: he venido á Cádiz con licencia unos días, y un compañero mío me ha dado el encargo de visitar á la señorita Eugenia en su nombre....

—Y se puede saber quién es ese señor?...

—Por qué no! D. Ricardo Valenzuela, capitán de Marina....

—No le conozco! Pero puede Vd. decir que ha tenido suerte en hallarme á mí, porque de otro modo no hubiera podido desempeñar la comision del marino.

—Cómo!...

—Claro, Eugenia no recibe á quien yo no quiero que reciba!...

—Vd?... preguntó con extrañeza Enrique.

—Sí yo: de qué se asombra?

—No conozco los lazos que pueden unirle á la señorita Eugenia.

—Pardiez!... Los que pueden unir á un hombre y una mujer que se aman!...

—Perdone Vd.: es de la señorita Eugenia de Ochoa de la que habla, ó hay aquí un *quid pro quo*?

—Hablo de Eugenia de Ochoa.

—En ese caso, dijo Enrique levantándose, nada tengo que hacer aquí.

—Diabli!... Venia Vd. á pedir su mano.

—Venía á decirle cosas que ya no hay para qué decir; aunque en verdad no me explico esto: segun Ricardo, Eugenia es un espíritu serio, una razon recta y no comprendo....

—El que me ame á mí?... Pues si quiere verlo.... y Lutgardo comenzó á mirar en sus bolsillos cual si buscara un papel.

—Es inútil, caballero, me basta su palabra, demás, no necesito pruebas, no soy yo el interesado....

—Es decir, que hay otro....

—Creo que en breve no habrá ninguno; cuando un hombre digno recibe un desengaño así, lo mejor que puede hacer es no volver á recordar ni el nombre de la mujer que lo dá.

—Ja! Ja! Ja!... interrumpió Lutgardo con descompuesta risa, con que ese señor la amaba, esto es un desengaño doloroso!... Ja!... Ja!... Ja!... Pues ha llegado tarde!...

—No por cierto, en amor no se llega tarde ni temprano, se llega á tiempo ó no se llega.

—Eso cree Vd?...

—Con seguridad: el amor es un tirano que se impone siempre: no acepta nada que le dan elegido; él lo elige todo....

—Tiene Vd. razon, y debo confesarlo que lo que más amo en Eugenia es que no se parece á ninguna mujer, y por lo tanto inspira un amor nuevo.... Porque yo estoy cansado de todo.... Ya comprenderá Vd. cuántas mujeres me han dicho que me aman!...

—En efecto, contestó Enrique con sonrisita burlona... ya lo comprendo....

—Es una desgracia, no le dejan á uno vivir!... y son tan exigentes, tan celosas....

—Eugenia tambien?

—Ya lo creo, más que todas!...

—Pues, amigo mío, agradezco á Vd. mucho sus noticias y me retiro: ya no tengo necesidad de ver á Eugenia: Vd. disculpe mi visita como quiera.

—Así lo haré y cuento conmigo para todo.... contestó Lutgardo.

Cuando cambiaban esos ofrecimientos de fórmula en una primera despedida, llegó Juana con el médico.

—Cómo está? preguntó á Lutgardo.

—Quién?

—Luisa?

—Ah! se puso mala?... No lo sabia, estuve con este caballero....

—Venga Vd. señor, dijo Juana al médico, por aquí.... Está en su cuarto.

—Voy con Vds., dijo Lutgardo....

—Verdaderamente, pensó Enrique alejándose, que no ha mentido.... tiene en la casa gran intimidad!... No valia la pena de que el pobre de Ricardo la recordase... Bah!... tanto mejor para él!...

Luisa entretanto seguía desvanecida: el médico movió con disgusto la cabeza al observarla, y dispuso algunas medicinas que en el acto fueron aplicadas.

Al recobrar la niña los sentidos deliraba; una violenta fiebre habia sucedido á inaccion que la tuvo postrada: la tos, más tenaz, más dura, más continua parecia desgarrar su pecho.

Eugenia aterrada, estaba á su lado, casi de rodillas sosteniendo su cabeza.

Lutgardo en el dintel de la puerta, no se atrevía á interrumpir aquella escena dolorosa.

El médico observaba á la niña enferma con las cejas fruncidas, en silencio y con cuidado; se levantó grave y serio y llamó á Eugenia.

—Luisa se ha agrabado, hija mia, la dijo; no quiero afligir á Vd., pero es preciso estar dispuestos á todo.

—Dios mío! Pero está muy mala? se morirá?

—Jamás puede afirmarse dónde está la muerte ó la vida, pero se debe temer....

Eugenia pálida, trémula, se dejó caer en un sillón ahogando un sollozo: el golpe era rudo, y vacilaba con él.

Lutgardo se aproximó á ella.

—Eugenia, dijo tomando sus manos, cuente Vd. conmigo para todo. Qué hace falta: médicos?... Vendrán!... Medicinas?... Se agotarán las boticas!... Asistencia, yo estoy aquí!... Mándeme para todo, como á un hermano, como á un esclavo.... yo obedeceré de rodillas.

—Gracias, gracias, amigo mío, exclamó con exagerada gratitud Eugenia, que impresionada por su dolor no se fijó en la inconveniencia de tales ofrecimientos; jamás lo olvidaré.

—Seria conveniente acostar á Luisa, dijo el médico que escuchaba nervioso é impaciente á Lutgardo.

—Me voy, dijo éste, pero volveré, y ya sabe Vd. que puede mandarme....

—Ya lo sé, dijo Eugenia, adios, gracias.

Lutgardo salió.

Luisa se agitó levemente.

—Quién hay aquí?... Preguntó....

—Nadie, hija mia: el doctor y yo, dijo Eugenia.

—Cómo se siente Vd? preguntó el médico.

—Bien, dijo fatigada Luisa.

—Pues, ánimo, y á ponerse buena: tomará Vd. un poquito de este calmante.

—Y para qué? dijo Luisa.

—Para curarse.

—Si yo no quiero curarme....

—Hija mia, Luisa mia, por Dios!... murmuró Eugenia.

—Y para qué quiero yo curarme? preguntó delirante Luisa, para qué quiero vivir si nada tengo que hacer en la vida?

—Hija mia!

—Vamos, ánimo y á ponerse buena!... entonces veremos lo que hay que hacer!

—Si yo lo sé, murmuró la pobre niña; morirme, y descansar.... Yo tengo el alma muerta, vacía, helada.... para qué quiero vivir llevando un muerto dentro de mí?

Luisa miró al médico llorando; éste le hizo una señal de guardar silencio.

En aquel momento Luisa tosió violentamente; se inclinó á un lado y sus labios aparecieron manchados de sangre.

CAPÍTULO XIV.

Dos cartas.

Hé aquí las que escribia Enrique de Velasco á su amigo Ricardo Valenzuela algunas horas despues de abandonar la casa de Eugenia.

«No sé si felicitarte ó sentir contigo, mi querido Ricardo, ante las novedades que he de participarte. Si pienso en tí, en tu alma buena y sensible, en tu corazon en carne viva, en tu idealismo espiritual, necesariamente he de darte el más sentido pésame.... Si pienso en las inmensas ventajas, en la suerte que te se viene á las manos sin desearla, en la fortuna que Dios te depara, te felicito sinceramente.

A qué viene este preámbulo?... dirás....

Ten calma, Ricardo; las cosas serias exigen grandes precauciones; tengo para mí que si Dios no hubiese hecho tan deprisa el mundo, no se hubiera olvidado ciertos detalles que á fuerza de siglos, de trabajos, y de disgustos, vamos perfilando poco á poco sus moradores!... ¡Siete días!... ¿Qué se puede hacer en este tiempo?... que se lo pregunten á un ministro ó á un poeta!... Ya darán ellos razon de lo que suponen siete días para hacer un mundo!

En fin, volvamos al *petit* mundo que cada uno llevamos dentro de nosotros mismos, y que.... ¡por Dios!... tambien parece hecho de prisa, segun el desórden que en él se nota!...

Antes de hablar de tí, me permites que hable de mí?... No es lo cortés ni lo generalmente usado, pero se dan casos en que es fuerza invertir el órden.

Quizás, y sin quizás, lo que de mí te diga suavice lo que á pesar mío, de tí tengo que decirte. Tomo tu silencio por autorizacion, como se hace muchas veces, y empiezo.

Pero ¡ay! antes de entrar en materia déjame entonar un himno á la libertad, como Milton, antes de entrar en la florida enramada que servia de cámara nupcial al señor Adán y á la señorita Eva, entona un canto al himeneo.... Pobre Milton, y cual debia protestar de su entusiasmo su mano arañada por su briosa mitad!... No dice la historia si Milton tenia suegra.... si la hubiera tenido, con seguridad que no canta el epitalmio al matrimonio. Con la esposa se transige, si bien sea á cuartos de hora, con la suegra!...

Mira, tú que tienes tiempo y paciencia, date á buscar noticias de nuestros grandes hombres, y dime si han tenido suegras!... Tengo para mí que no hay inspiracion que resista á esa gota de agua fria que cae constantemente sobre el cráneo, y le perfora y le averia!...

Sin cantar á la libertad, como te prometia, te hablo de mi *mamá-política*... ¡política!

¡Maldita palabra, de funestos resultados hasta en el fondo del hogar!...

¡Qué quieress! Ni valor tengo para cantar á mi ideal!... Se vé la libertad de un modo tan extraño á traves del prisma suegra!...

Descompone ésta de tan asombrosa manera todos los colores del iris de la vida!...

Y nada!... Siempre igual!... El hombre inventa sin descanso máquinas destructoras, medios de comunicacion, colores, tejidos, fantasías... y nada!... siempre nada, para preservarse de estas buenas señoras, ¡aquí donde hasta se venden polvos para matar pulgas!...

En fin, querido Ricardo, no quiero impacientarte y entro en materia.

Te diré para tranquilizarte, que llegué á estas playas bueno, «para lo que gustes mandar, que lo haré, etc., etc.» que hallé instalada aquí á mi cara esposa (ay! con qué dolorosa verdad puedo emplear el adjetivo!) y á su carísima mamá... Ambas me recibieron como puedes figurarte....

Cármen es inocente, sencilla y cariñosa: no me vé hace algún tiempo, y está llena de alegría de tenerme á su lado; su mamá, mi señora mamá-política, ¡maldita política! es una suegra, no hay otra definición!...

Y vé tú si yo tenía razón al decir que Dios hizo al mundo muy de prisa!... Ya que dió su música especial á la culebra de cascabel para avisar su aproximación, ¿por qué no hizo distinguirse de algún modo á la *Culebra-política*?...

Adelante!...

Desde el primer momento de mi llegada Cármen me acaricia, y la política me desespera: entre las dos forman un todo insoportable, porque, te lo juro, el hombre necesita libertad para sus sentidos como oxígeno para sus pulmones, y sin una y sin otro la vida se hace imposible!...

Qué mal comprenden sus intereses estas dos benditas mujeres!...

— Como me queda poco, como volveré al mar por fortuna! — cuanto termine mi licencia de dos meses, no quiero dar un golpe de estado recobrando de sus resultas mi autonomía, y me dejó tiranizar, calculando entre tanto que un barco meciéndose libre sobre las olas del mar; un camarote en él, y un anteojo ó un libro por toda compañía, valen más que todos los hogares del mundo!...

En realidad, pasa á mis dos mujeres como á todos los tiranos... Pierden el tiempo!... En fin, para no cansarte, pues siempre es triste el espectáculo cursi de un sainete-trágico-sentimental, pasaré en silencio mis torturas, y te participaré que vencida una tempestad de suspiros de la una y de recomendaciones de la otra, pasé ayer á visitar á Eugenia. ¡Oh! Libertad!... Aspiración divina!...

Lláname al orden, ó te sigo hablando en verso para olvidar la prosa!...

Pues, nada!

No tengo nada que decirte.

Dichoso tú que has de continuar libre.

Mademoiselle Eugenia, la celebrada autora de la *Esperanza*, te recoge las tuyas!...

Es decir permite esperar á otro!...

Creo que se casarán, no lo sé.

Ignoro el nombre de tu rival.

Es bello como Narciso; soberbio como Napoleon, y necio como cualquiera que lo sea. No creo que en esto haya diferencias.

Con que escribe una oda á la inconstancia de la mujer, compárala á las olas como Rigoletto, despidete de ese modo y brinda así: ¡el amor ha muerto! ¡Viva el amor!... Yo gritaré desde aquí: ¡Larga vida á la nueva reina!... Cómo se llamará?...

¡Qué importa eso!... Llámese como quiera con tal que no se llame Perpetua!... Esta, y con política, no se la deseo ni á mi mayor enemigo!...

Salud y paciencia!... Más vale un desengaño á tiempo!... ¡Dichoso tú!... Grita por mí: ¡Viva la libertad!...

Enrique.»

Pocos días después de escrita la carta anterior Enrique recibió otra que decía así:

«Gracias, querido amigo mío, por el cuidado que pones en suavizar á costa tuya lo áspero, lo amargo de la noticia que me das. No era necesario: soy fuerte, tú lo sabes, y contra el infortunio acrece mi valor. No lo temía, diré más, no lo sospechaba siquiera: creía, sí, que Eugenia, halagada, deslumbrada por su gloria de artista, dejaría de ser para mí la voluntad sumisa, la mujer dulce y tierna que se esclaviza voluntariamente á su amor.

Contaba con su orgullo, pero no con su perfidia; esto escapaba á todas mis suposiciones.

Ni las más vulgares reglas de la cortesía ha seguido conmigo, ni una explicación que á nadie se niega, ni una disculpa que yo hubiera aceptado. No me lo explico: creía conocer á Eugenia, y juraría que te engañas... No insisto, sin embargo, ante la evidencia que parece tener.

No temas por mí: yo no soy de los que por amor se matan: yo creo que es sencillamente necio pedir amor; es más, creo que todo puede pedirse en la vida menos eso: al corazón nada puede exigirse, él exige. El hombre que suplica amor pierde el tiempo y la dignidad.

Te confieso que en el primer momento he sentido algo parecido á la asfixia que debe sentir el que ha sido lanzado en el vacío; algo de la ansiedad que debe apurar el naufrago al desprenderse de sus manos la tabla protectora, una agonía moral, si me es permitido llamar así al dolor punzante con el cual morían mis esperanzas de felicidad. Pero soy fuerte, soy bravo, soy dueño de mí mismo!... Mi horrible angustia me ha envuelto por un momento como rebasa una ola gigante la muralla de un puerto, y como ella ha retrocedido, vencida, humilde, dominada, incapaz de arrollarme consigo.

Hoy Eugenia es para mí un recuerdo triste, nada más.

Pero no creas por esto que con mi desesperación haya pasado todo: me venzo, pero ni olvido ni perdono. Eugenia podrá creer que es dueña de sí; no se lo niego, pero no es dueña de jugar con mi dicha, con mi dignidad, con mi porvenir. Eugenia, mostrándose francamente su corazón, pi-

diéndome que rompiese por mi mano los lazos que nos unían, hubiera encontrado en mí más que un amigo, un hermano, un protector desinteresado y leal; pero Eugenia olvidando para conmigo toda consideración, se ha hecho un enemigo á muerte, pero no un enemigo vulgar, no uno de estos enemigos que se creen vengados con una calumnia que mata moralmente, ó con un golpe que mata en realidad; eso es pequeño, mezquino y despreciable, yo haré algo más, que le dé á conocer lo que soy.

Eugenia puede vivir tranquila; pasarán días, ó meses ó años, no lo sé, pero aunque pasaran siglos de siglos, mi venganza la alcanzaría, fría, lenta, implacable, como el destino! Oh!... Yo se lo aviso!... Cuando se crea más feliz, cuando haya alejado de sí hasta la sombra de mi recuerdo, sentirá mi mano desgarrar esa felicidad, hacer trizas su porvenir, arrancar sin piedad las esperanzas de su alma, como se arranca una planta venenosa.

¿Con qué derecho ha jugado con mi porvenir, con mi dicha, con mis sentimientos? Acaso no somos responsables de nuestros actos?... Pues qué, se han de hacer leyes para todas las faltas, y no ha de haber una ley para lo que más interesa bajo el punto de vista de nuestra vida moral?...

Si no hay leyes escritas para este castigo, la conciencia es un legislador infalible, y yo le juro, por todo lo que hay santo y respetable, que mi conciencia la ha sentenciado, y que la sentencia se cumplirá!...

Yo no sé decirte cómo la amaba... Este afán loco de nuestra alma que busca lo infinito se había transmitido á mis sentidos, que creían hallarlo en ella, á mi ser todo que se dilataba en su ser de esa manera suprema con que deben identificarse las almas á su Dios.

PATROCINIO DE BIEDMA.

(Continuará.)

Correspondencia del CÁDIZ.

Etc. etc.

— No sé cómo expresarle mi gratitud al ver que su atención, que tan altos asuntos reclaman, se fije en el CÁDIZ. Nada más grato para mí que publicar el artículo que ha tenido la bondad de enviarme, y los que en lo sucesivo dedique al mismo importante objeto, favoreciéndome con la preferencia que dá á mi periódico, el cual se honrará en llevar su ilustre nombre: respetando sus deseos, quedará por ahora oculto en el pseudónimo.

D. A. de Dios.—Baeza.

— Mil gracias por sus palabras de afecto y por los recuerdos que me envía de toda esa querida familia. Queda avisada la suscripción permanente de Vd.

D. J. de la Moneda y Troyano.—Javalquinto.

— No hay prisa en la letra que puedes enviar cuando quieras. Tanto á ti como á mi queridísima Dolores os agradezco el ofrecimiento de la nueva casa, en la cual os deseo mil felicidades.

D. J. Cencillo.—Madrid.

— Mucho aprecio los originales que me remite, escritos expresamente para el CÁDIZ.

Haré esa poesía que Vd. y Jorrito desean, con el mayor gusto.

D. A. Borrego.—Madrid.

— Mil gracias por el bellissimo artículo, que como el anterior, ha gustado extraordinariamente al público y á mí. Quedo enterada: avisaré el resultado.

Recibí el libro que me gusta mucho.

D. R. Sepúlveda.—Madrid.

— Mucho deseo realice su promesa de enviar al CÁDIZ alguno de sus trabajos, y sobre todo esas *perlas* á que llama poesías. Guerrero se nos vá volviendo ingrato: ni cumple sus encargos de Vd. para mí, ni sus promesas á mis lectores... Tendremos que buscarle otro *pleito*?

D. J. A. Sanchez de Galvez.—Granada.

— Agradezco infinito sus preciosos trabajos religiosos, que honran al CÁDIZ, así como el buen concepto que éste le merece. Queda anotada la suscripción por 6 meses que avisa, y tan pronto como me lo permitan mis ocupaciones tendré el gusto de escribirle particularmente.

D. R. Mosquera Montes.—Santiago.

— Queda Vd. suscrito, según su aviso, y le agradezco sus ofrecimientos y elogios, así como á mi distinguido amigo Sr. Romero Ortiz, la recomendación que le hizo de mi revista. Los versos que tiene la bondad de enviarme son muy buenos, y espero favorezca al CÁDIZ con su colaboración.

D. J. Jurado Parra.—Baeza.

— Ya habrá recibido el número que le faltaba de la que llama su *querida revista*. Mucho agradezco el afecto que me demuestra. Le escribiré por el correo.

D. M. Fernandez y Gonzalez.—Madrid.

— Mil gracias, mi querido é ilustre amigo, por el retrato, cuyo autógrafo le hace más valioso, y por su bondad en ocuparse tan preferentemente del CÁDIZ. Ya sabe Vd. que pago con mi entusiasta admiración el afecto que le hace juzgarme tan benévolo.

D. A. Jaldó.—Alicante.

— Remitido el número 7 que no ha recibido. Gracias por sus amables frases.

D. A. M. Ravé.—Sevilla.

— Mucho agradezco su carta al Administrador, en la que con tanta bondad se ocupa de mí. Mis recuerdos á su fina señora: espero tener pronto el gusto de ir por esa. Quedó anotada la suscripción de Vd.

D. F. Gonzalez del Hoyo.—Almería.

— Recibida la libranza, importe de la suscripción del señor Bibliotecario. No sé cómo expresarles mi gratitud por las pruebas de afecto que le debo.

Sus originales son de los que siempre se echan de menos, y así no deje de escribir ese estudio que promete vivísimo interés. Sus preciosos pensamientos irán formando en el CÁDIZ una bella colección.

D. J. J. de Sandoval, Barón de Petrés.—Alicante.

— Queda Vd. suscrito al CÁDIZ, según avisa; le agradezco infinito las deferencias que debo á su amistad, así como el cariñoso saludo de su bella esposa, y las noticias que me dá de Florentino, que me son muy gratas.

D. F. G. Caballero.—Navia.—Asturias.

— Se enviará el CÁDIZ á su señora madre, con mucho gusto mío: acepto el castigo que Vd. mismo se impone de hacer dos artículos en vez de uno, por su largo silencio: escritos como los suyos siempre parecen pocos. Espero que nos veamos en Sevilla.

D. R. Ginard de la Rosa.—Madrid.

— Mil gracias por su poesía. Pereza, y nada más que pereza, como Vd. mismo conoce, es intentar, cuando se puede hacer nuevo, publicar lo conocido: escriba ese artículo que dice, y perdóneme cumpla respecto al que me ofrece lo que he dicho á todos. Le agradezco como sabe su predilección por mi revista, que pago con mi afecto.

D. B. Perez Rioja.—Valladolid.

— Recibido el Almanaque. Irá la noticia.

D. M. Polo y Peyrolon.—Teruel.

— Mil gracias por el libro, y por la dedicatoria.

Un nuevo amigo.—San Fernando.

— Cuando los anónimos son tan corteses, tan razonados, tan bien escritos como el suyo, se les puede y se les debe contestar: no tenga inconveniente en decirme su nombre, y discutiremos las cuestiones que trata; de otro modo me es imposible, y no puedo ocuparme de ello.

Redacción de *El Duende*.—Madrid.

— Saludo afectuosamente á la Redacción del discreto y finísimo colega, y le agradezco la galantería con que ha cumplido mis deseos.

D. V. D. Bordanova.—Madrid.

— Agradezco su atención para conmigo, y deseo que honre al CÁDIZ con su colaboración.

D. N. Diaz.—Málaga.

— Se cumplirán sus deseos; yo soy la que me honro en aceptar sus ofrecimientos.

D. A. Nadal.—Barcelona.

— He leído con gratitud su carta: acepto sus proposiciones, y ya le escribiré detalles.

Crónica de la Industria.—Madrid.

— Aceptado y mil gracias.

La Mañana.—Madrid.

— Idem, idem.

Revista de Andalucía.—Málaga.

— Idem, idem.

El Constitucional.—Madrid.

— Idem, idem.

Revista Tarrasense.—Tarrasa.

— Idem, idem.

El Conservador.—Córdoba.

— Idem, idem.

Revista de Lérida.—Lérida.

— Idem, idem.

Ecos de la Juventud.—Málaga.

— Idem, idem.

El Anunciador Mercantil.—Linares.

— Idem, idem.

El Mataronés.—Mataró.

— Idem, idem.

El Pensamiento.—Madrid.

— Gracias, y se le complacerá en lo que indica.

D. S. Arambilet.—Madrid.

— El cambio se recibe con exactitud. Mil y mil gracias por sus atenciones.

D. V. Lledó.—Alicante.

— El Administrador le ha escrito ya dándole detalles. Agradezco mucho su eficacia, pues sabía la nueva suscripción por carta del Sr. Barón de Petrés.

D.ª J. Moya.—Madrid.

— La escribiré con mucho gusto. No olvide recordar su promesa á nuestro distinguido amigo Sagasta, y decirle cuánto complacerá á Patrocinio el que la cumpla. No se preocupe por el pago del CÁDIZ: irán á cobrar pues ya se ha girado á todos.

P. DE B.

PENSAMIENTOS.

LOS DESENGAÑOS.

Todos, hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, grandes y pequeños, sabios e ignorantes, tenemos de continuo en los labios una triste cantinela ó un rosario de quejas contra el mundo y sus alrededores que viene á concretarse en esta frase lamentable «los desengaños!»

Decimos formalmente de ellos que han trocado en desconfianza nuestra juvenil inocencia, en malicia lo que fué nuestro candor, y en una recelosa prudencia aquel abandono con que en los primeros años de la vida solíanse darnos al amor de todos como si el mal no tuviera existencia real en la tierra, ó como si los hombres fueran verdaderamente hermanos. Pero decir que todos (hasta los criminales) lloramos los desengaños recibidos, y que ninguno se acusa de los desengaños dados, es lo mismo que convencer y tachar de hipócrita y de embustera á toda la familia humana, ó bien declarar de plano que cada uno es á la vez ó alternativamente engañado ó engañador, víctima ó verdugo.

¡Hé aquí la innegable y triste verdad, salvando sin embargo y por gran fortuna el corto número de seres privilegiados que han consagrado, consagran y consagrarán su vida entera al culto puro del bien, para norma y consuelo de nuestra infeliz especie!

LA FORTUNA Ó EL DESTINO.

Dicen la razón y la experiencia que lo que llamamos «fortuna» ó «destino» no son sino nombres sin sujeto ó palabra vacías de sentido, porque en verdad cuanto perdemos ó ganamos por las vías de lo que nuestro lenguaje convencional designa con los citados nombres de mala ó buena fortuna, de adverso ó favorable destino, viene á ser en sustancia el castigo ó el premio legítimo y merecido en virtud de nuestra conducta torpe ó sabia, criminal ó meritoria, es decir, efectos naturalísimos de causas eternas que nuestra pereza no indaga, que nuestra ceguedad desconoce, pero que obran sin cesar y nos castigan ó nos premian, nos abaten ó nos levantan según que nuestra vida ha sido ó es contraria ó conforme á las miras ó designios, claros y patentes, del Soberano autor del Universo.

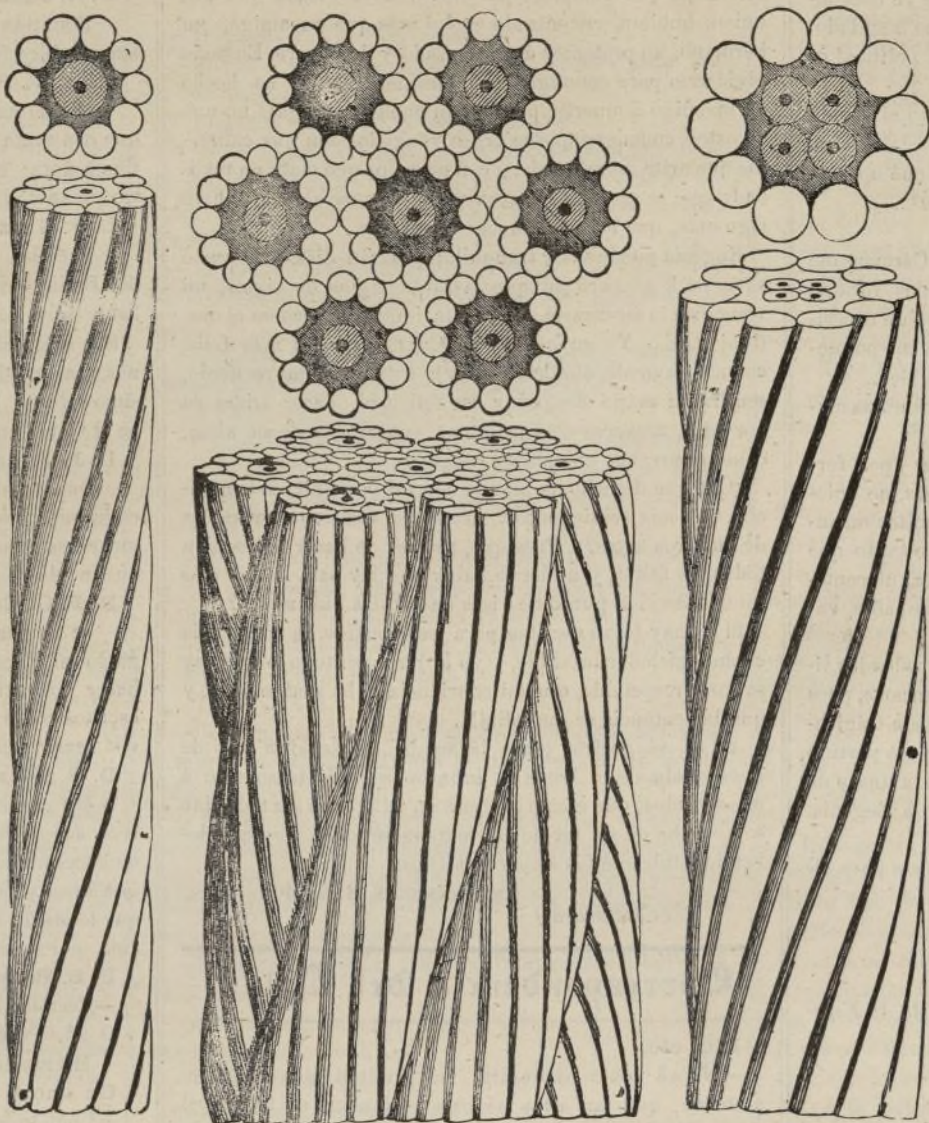
FRANCISCO GONZALEZ DEL HOYO.

Almería: 1877.

NOTICIAS.

Damos las gracias á nuestro festivo colega *El Mosquito*, de Barcelona, por las lisonjeras frases que dedica al CÁDIZ, al cual predice que dará la vuelta al mundo, y á nuestra directora, que cita al ocuparse del bello sexo, «cual modelo de damas inteligentes, ilustrada al par que bella y modesta, que empuñando la pluma con gentil y desembarazado talante, deja con la boca abierta á los estúpidos detractores de la mujer» añadiendo que «se baña en agua rosada cada vez que una dama española, se coloca, como la Sra. de Biedma, al nivel de las más ilustradas de Europa.

También las damos á nuestros muy apreciables colegas, *La Mañana* y *El Cascabel*, de Madrid; al *Pájaro Pinto*, de



Cables telegráficos submarinos.

Barcelona y algunas otras, por ocuparse con igual galantería de nuestra Directora.

Agradecemos su atención á la persona que nos hace saber se ocupan en estudiar, para combatirlo, un artículo de nuestra Directora, pero, le participamos á nuestra vez, que esto en nada puede interesar á la Sra. de Biedma. Lo ha dicho muchas veces, y lo saben cuantos la conocen; expone en sus escritos sencillamente lo que piensa, si hay quien juzga el asunto con distinto criterio, ni le ofende ni le molesta que lo diga, sino que, como no intenta convertirle ni convencerle, no tiene para qué insistir en ello y respetando la opinión ajena sostiene la suya.

Hemos recibido *Le Monde Illustré*, elegante publicación parisiense de gran interés artístico, á la cual agradecemos infinito el favor que nos dispensa con su visita.

También hemos recibido *Le Journal Illustré*, preciosa publicación francesa, á la que recibimos con mucho gusto.

También damos las gracias á *La Integridad de la Patria* de Madrid, que nos ha visitado, y correspondemos á su atención.

Advertimos á los Sres. que nos favorecen pidiendo la suscripción al CÁDIZ desde el número primero, que nos es im-

posible servirle por estar agotados los números del primer trimestre: hasta que no hagamos una nueva edición sólo admitiremos suscripciones desde Agosto, ó sea desde el número 10 inclusive.

Según los últimos telegramas de San Ildefonso, S. A. R. la Serma. Sra. Princesa de Asturias, seguía mejorando en la enfermedad eruptiva que ha padecido. El CÁDIZ envía á la ilustre enferma sus sinceros y respetuosos plácemes por esa mejoría, y desea el más feliz restablecimiento á su augusta protectora.

En el día de hoy tendrá lugar la inauguración del Ferro-carril de Sanlúcar de Barrameda á Bonanza, la cual se solemnizará con fiestas para las cuales se han circulado atentas invitaciones.

En la noche del Jueves dió una brillantísima *soirée* la opulenta dama Doña Carmen Verges á sus amigos. No podemos citar los nombres de todas las personas que concurrieron, pero eran como siempre, lo más notable de esta sociedad.

ROMPE-CABEZAS ZOOLOGICO.

CANARIO	ANTÍLOPE	AGUILA
YEGUA	JABALÍ	GRAJO
MULA	COMADREJA	ALONDRA
POLLIN	LEON	CANARIO
BUEY	PANTERA	TIBURON
VACA	HIENA	MERLUZA
OVEJA	CIGUEÑA	ABEJA

Colocar estos veintinueve nombres, de modo que se lea, en una sola línea, el nombre de una zarzuela de actualidad.

P. P.

ANUNCIOS.

CUENTOS DE SALON.

LOS MÁRTIRES DEL AMOR

POR

TEODORO GUERRERO.

Se vende á 5 rs. en la librería de Morillas.

Están de venta las siguientes novelas de Guerrero, publicadas en la Primera serie: *Una perla en el fango*, un tomo. — *El Velloco de oro y Fea y pobre*, un tomo. — *La manzana de la discordia* y *El Sueño de la felicidad*, un tomo. — *La nube negra*, un tomo. — *Madrid por dentro*, dos tomos. — *Anatomía del corazón*, dos tomos. — Tomando la colección, se dá en 32 rs. — En la segunda serie, *Las trece noches de Carmen*, 5 rs. — *Fábulas en acción*, 7 rs.

CÁDIZ: 1877

TIP. LA MERCANTIL

DE D. JOSÉ RODRIGUEZ Y RODRIGUEZ
Sacramento 39 y Bulas 8.

COLABORADORES.

Auber, D.^a Virginia Felicia, Madrid.
Asensi, D.^a Julia, Madrid.
Calé de Quintero, D.^a Emilia, Lugo.
Díaz de Lamarque, D.^a Antonia, Sevilla.
Esmeralda Cervantes.
Grassi, D.^a Angela, Madrid.
Gimeno, D.^a María de la Concepción, Madrid.
Graciella, M. drid.
Justiniano y Arribas, D.^a Amparo, Sevilla.
Lujan, D.^a Elisa, Madrid.
María de la Peña, Madrid.
Martínez de Lacosta, D.^a Rosa, Cádiz.
Ormaeche, D.^a Ermelinda, Bilbao.
Pujol de Collado, D.^a Josefa, Barcelona.
Rattazzi, Madame, París.
SINUÉS, D.^a María del Pilar, Madrid.
Troncoso, D.^a Matilde, Habana.
Ablanedo, D. Epifanio, Bilbao.
Albareda, D. José Luis, Madrid.
Almenas, Conde de las, Madrid.
Alvarez Jimenez, D. Antonio, Cádiz.
Asensio, D. José María, Sevilla.
Asquerino, D. Eduardo, Madrid.
Autran, D. Guillermo, Chiclana.
Alvarez, D. Miguel de los Santos, Madrid.
Alcalá Galiano, D. José, Madrid.
Alarcon, D. Pedro A., Madrid.
Arambilet, D. San iago, Madrid.
Araujo, D. Fernando, Salamanca.
Balaguer, D. Victor, Madrid.
Borrego, D. Andrés, Madrid.
Burgos, D. Javier, Cádiz.

Batanero, D. Mariano, Motril.
Blanco, D. Gerardo, Barcelona.
Cortes, Baron de, Madrid.
Castelar, D. Emilio, Madrid.
Cánovas, D. Antonio, Madrid.
Castro, D. Adolfo, Cádiz.
Campoamor, D. Ramon, Madrid.
Corradi, D. Blas de L., Alicante.
Cerdá, D. Manuel, Valencia.
Cueto, Marqués de Valmar, D. L. A., Madrid.
Cencillo, L. Jesus, Madrid.
Chica, D. Angel de la, Jaen.
Cano y Cueto, D. Manuel, Sevilla.
Castro, D. J. M. de, Sevilla.
Cerdá, D. Emilio de la, Málaga.
De Gabriel, D. Fernando, Sevilla.
Doctor Thebussem, Tanager.
Dieckrs, Gus avo, Dresden (Alemania.)
Díaz de Quintana, D. Alberto, Madrid.
Díaz de Benjumea, D. Nicolás, Londres.
Echegaray, D. José, Madrid.
Fors, D. Luis Ricardo, Sevilla.
Fernandez y Gonzalez, D. Manuel, Madrid.
Fabraquer, Conde de, Madrid.
Flores Arenas, D. Francisco, Cádiz.
Flores, D. Gerónimo, Cádiz.
Frontaura, D. Carlos, Salamanca.
Ginard de la Rosa, D. Rafael, Madrid.
Gomez Colon, D. José M., Cádiz.
Guerrero, D. Teodoro, Madrid.
García Caballero, D. Federico, Sevilla.
Gonzalez del Hoyo, D. Francisco, Almería.

Govantes de Lamadrid, D. Javier, Madrid.
Hartzenbusch, D. Juan Eugenio, Madrid.
Herran, D. Fermin, Vitoria.
Harmsen, D. Alejandro, Alicante.
Hidalgo, D. Santiago, Cádiz.
Leon y Castillo, D. Fernando, Madrid.
Jorroto y Paniagua, D. Manuel, Madrid.
Llombart, D. Constantino, Valencia.
Leon Mainez, D. Ramon, Cádiz.
Jimenez Placer, D. Carlos, Sevilla.
Lamarque y Novoa, D. José, Sevilla.
Miró, D. Juan, Jerez.
Lasso Hurtado, D. Manuel, Cádiz.
Múgica, D. Elias, Santa Cruz de Tenerife.
Martin Barbadillo, D. Manuel, Cádiz.
Milans del Bosch, el General, Madrid.
Moreno Espinosa, D. Alfonso, Cádiz.
Moya y Jimenez, D. Luis, Madrid.
Moreno Castelló, D. José, Jaen.
Monte, D. Evelio del, Barcelona.
Moresco, D. Eulique, Cádiz.
Mas y Prat, D. Benito, Sevilla.
Mendez, D. Mario, Sevilla.
Navarrete, D. José, Rota.
Osorio y Bernard, D. Manuel, Madrid.
Offerrall, D. Javier, Cádiz.
Pongilioni, D. Aristides, Cádiz.
Pacheco, D. Francisco de Asis, Madrid.
Parreño, D. Federico, Cádiz.
Portela, D. Juan, Cádiz.
Piñal, D. Federico, Sevilla.
Paz, D. Abdon de, Madrid.

Parra, D. José Jurado, Baeza.
Pando y Valle, D. Jesus, Oviedo.
Peñon Carrero, D. Julian L., Madrid.
Polo y Peyrolen, D. Manuel, Teruel.
Quiñones, D. Ubaldo R., Madrid.
Rodruejo, D. Jorge, Cádiz.
Rodriguez Arroquia, D. Angel, Madrid.
Rodriguez Suarez, D. Manuel, Cádiz.
Ruiz Jimenez, D. Joaquín, Jaen.
Revilla, D. Manuel, Madrid.
Sañudo Autran, D. Pedro, Ciudad Real.
Romero Ortiz, D. Antonio, Madrid.
Sanchez de Galvez, D. Federico A., Granada.
Salvany, D. Juan T., Madrid.
San Martin y Aguirre, D. José, Valencia.
Steenackers, Mr. F. F., Lisboa.
San Miguel de la Vega, Marqués de, Barcel.
Sepúlveda, D. Ricardo, Madrid.
Sagasta, D. Práxedes M., Madrid.
Sedano, D. Carlos, Madrid.
Sodano, D. Alberto, Madrid.
Sierra y Val uzeia, D. Enrique, Madrid.
T.C., Cádiz.
Trueba, D. Antonio, Bilbao.
Vidart, D. Luis, Madrid.
Vieyra de Abreu, D. Carlos, Madrid.
Vila y Blanco, D. Juan, Alicante.
Villar y Garcia, D. Casto, Sevilla.
Valls y Alvarez, D. Antonio, Cádiz.
Valero de Tornos, D. Juan, Madrid.
Zarandona, D. Florentino de, Alicante.
*, — Cádiz.